

convertirian al Señor todas las gentes, hasta las que tocan en los fines de la tierra (1); el otro de que entraría Jesucristo en posesión de los términos de toda ella, como límite señalados á su herencia (2); y por último, el de Malaquías, de que en todo lugar, desde donde nace el sol hasta donde se pone, sería engrandecido su santo nombre delante de los gentiles, y que allí se le sacrificaría y le sería ofrecida una oblación incruenta y limpia (3). La otra predicción, que estaba también por cumplir, la predicción perteneciente á su *Santísima Madre*, hecha por ella misma, de que todas las generaciones de Adán la saludarían por bienaventurada. *Beatum me dicent omnes generationes* (4). Ambas profecías se cumplieron á la letra y de lleno, cuando oyeron los indios las primeras misas en América, y cuando se levantaron los primeros altares y se entonaron los primeros cantares á la Virgen *Santa María* en este reino de Nueva España.—Todo aquí debe mirarse como obra de la Providencia Divina y de la religión de don Fernando Cortés, su conquistador, que es y será por todos los siglos venideros el espanto de ambos mundos; porque el cielo, la tierra y los mares, parece que se pusieron de acuerdo con las armas y designios de este héroe español; y á no ser por la certidumbre y proximidad de los hechos, se contaría su venturosa conquista entre las fábulas de la mitología.»

(1) Ps. xxi, 28. Convertentur ad Dominum universi fines terræ.

(2) Ps. ii, 8. Dabo tibi Gentes hæreditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.

(3) Malach. i, 11. Ah ortu enim solis, usque ad occasum, magnum est Nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur: et offertur nomini meo oblatio munda: et c. viii, 7. Ecce ego salvabo populum meum de terra orientis, et de terra occasus solis. Vid. Franc. Ribera, hic.

(4) Luc., i, 48.

### Capítulo III

## La piedad de Hernán Cortés

**E**L autor da principio á su obra con un elogio del conquistador de la Nueva España, no tanto por sus hazañas militares, cuanto por su piedad y religión, que disculpan, á su entender, otras proezas que á primera vista tienen visos de injustas y sanguinarias.

Como buen español y extremeño, Cortés fué muy devoto de la Virgen, y en especial de la que con la advocación de *Guadalupe* dominaba en su país. Solícito de gloria y aventuras abandonó los estudios universitarios que emprendido había en Salamanca, y en 1504 se embarcó para las Indias, llegó á Santo Domingo, pasó de allí á Cuba, donde se vió obligado por justicia á casarse con Catalina Juárez, y delegado de Velázquez, como éste lo había sido del Gran Colón, salió á la conquista de la Tierra Firme, y enarbolando su bandera de tafetán negro con una cruz roja y el lema de «Amigos, sigamos á

la cruz, con este signo venceremos;» dió en la isla de Cozumel el 18 de Febrero de 1519.

Bien recibido en ella por sus habitantes, desde luego quiso convencerlos á cambiar sus falsos dioses por la adoración del único verdadero, y como hubiese visto mal acogido su consejo, determinó, y así lo hizo, pasar de las palabras, á las obras, y atropellando con los ídolos, los derribó de sus altares y en ellos colocó una Imagen de Nuestra Señora. Atónitos los indios, más que con la osadía del extranjero, con el vergonzoso sufrimiento de unos dioses que á tal oprobio y afrenta se sometían, acataron lo hecho por Cortés, si bien en más por asombro que por convencimiento.

Cosa no semejante si no igual aconteció en Zempoala, sin otra circunstancia más que la muy notable de que un soldado español, de nombre Juan de Torres, quedóse solo en el templo zempoalteca á cuidar la Imagen allí colocada por Cortés, de cualquier insulto ó sacrilegio que quisieran con ella los naturales cometer.

No pudo hacer otro tanto el conquistador en el gran templo de la capital del imperio de Moctezuma, y no siendo fácil el derribar de sus sangrientas aras á los crueles Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, se contentó con solicitar permiso para colocar, como colocó en efecto, en el *teocalli*, una Imagen de Nuestra Señora que, según la tradición, fué la que traía consigo el soldado Juan Rodríguez de Villafuerte, y hoy se venera á dos leguas al Poniente de México, con el título de *Nuestra Señora de los Remedios*, hallada debajo de un maguey en el cerro de *Totoltepec*, que quiere decir *de pájaros*, por el indio Juan Ceteutli, que en idioma mexicano significa *águila*.

No había transcurrido mucho tiempo desde la coloca-

ción de la imagen en el teocalli, cuando los indios presentáronse tumultuariamente á Cortés, quejándose de una gran sequía que arruinaba sus campos y sementeras, en cuya calamidad miraban un castigo de sus ídolos, irritados con la presencia y compañía de la Virgen Cristiana. Negó Cortés que tal fuese la causa de la sequía, y antes bien les ofreció que, por intercesión de la Virgen, próximas y abundantes lluvias caerían, y así sucedió, como habíalo ofrecido, pues «concluída la rogativa y misa que dijo Fray Bartolomé Olmedo, se comenzó á cubrir un nublado muy espeso por la banda del cerro del Tepeyac, y vino tan recia el agua, que todos se mojaron, y no sólo llovió aquel día, sino muchos consecutivos, de manera, que no sólo fué muy fértil aquel año sino el más abundante de cosechas que jamás habían tenido.»

Pareció al historiador Solís que la promesa de Cortés á los indios fué temeridad y tentación á Dios, pero el autor la defiende así: «sábese por los católicos instruídos que cuando hierve el celo cristiano, rompe en acciones extraordinarias que pisan las reglas de la humana prudencia, y solamente quedan sujetas á los ímpetus de la divina inspiración, esto es, de unos ímpetus vehementes que espira dónde y cómo quiere. Tentar á Dios, como enseña Santo Tomás, es pedirle alguna cosa con intención de explorar hasta dónde alcanzan su ciencia, su divino poder y voluntad, ó cuando lo que se pide para nada es útil, sino para este mal fin. ¿Quién dirá que los santos han tentado á Dios cada y cuando le han pedido milagros convenientes á su gloria? A Cortés le pareció tal el del agua delante de los indios, para inspirarles amor y respeto á la Santa Fé Católica, y que

»supiesen de una vez que sus dioses falsos no gobernaban los cielos ni las lluvias. El creía firmemente que no se había encogido el brazo derecho del Dios de las virtudes, y que no necesitaba poseer más que la de la fé, para que por sus manos pecadoras se dignase el Señor obrar los milagros de su beneplácito.»

Pero si forzado por sus supersticiosos temores, Moctezuma pudo consentir en la colocación de la Imagen cristiana en el teocalli, los sacerdotes mexicanos nunca lo tuvieron á bien, y una vez rotas las hostilidades ensayaron á quitar la Imagen del altar del templo sin poderlo conseguir, «porque á unos se les pegaban las manos, á otros se les enflaquecían los brazos, y á otros se les entumecían las piernas, y caían por las gradas abajo descalabrados y aún desplomados, y era que no quería la Señora ser profanada por aquellos idólatras, ni que separasen su Imagen de donde tenía prendido el corazón.»

Rindió por fin Cortés la torre principal del templo de México, cuya señalada victoria dice el mismo en su primera carta á Carlos V, que consiguió con ayuda de Dios y de su gloriosa Madre, por ser su casa aquella torre: y añade Gomara, que este mismo día, tratando los españoles de recoger la Imagen que allí habían dejado, y que al principio de la rebelión no podían quitar los indios, no la hallaron, y entonces pusieron fuego á las capillas y otras cuarenta torres donde se quemaron muchos ídolos.

No fué menos patente la protección que la Virgen otorgó á Cortés en la memorable noche triste, y el adoratorio azteca en que al amanecer del día siguiente se acogieron fué en su día convertido en templo de Nuestra Señora que se llamó *de los Remedios* en memoria de que

allí habían encontrado los españoles cuanto necesitaron en aquel conflicto, el mayor de la campaña.

El venerable padre Fray Bernardino de Sahagún, en el capítulo cuarenta de su *Historia de la Nueva España*, dice refiriéndose al apretado sitio que Cortés puso á México:

«Cuando ya los mexicanos y tlaltelulcanos estaban muy angustiados, viéndose acosados por todas partes de sus enemigos y no teniendo posibilidad de huir ni de resistirlos, dicen que un día, á puestas del sol, comenzó á llover una mollizna de agua que tardó como dos horas, y sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y centellas, que partió de hacia el Tepeyac, que es donde está agora Santa María de Guadalupe, y fué haciendo ruido hacia donde estaban acorralados los mexicanos y tlaltelulcanos, y dió una vuelta por en rededor de ellos, y no dicen si los empeció algo, sino que se entró por la laguna adelante y allí desapareció. De la vista de este remolino quedaron muy espantados y allí comenzaron á fabricar el negocio de rendirse á los españoles.»

«Entre los recios combates,—dicen á una Francisco López de Gomara y los PP. Torquemada y Betancourt,—que tenían entre sí, todos los días, sitiados y sitiadores, hubo uno tan fuerte, que habiendo éstos prendido fuego á las casas donde se resguardaban aquéllos, se creyeron acabar de una vez con los castellanos, á no ser que fué vista la Virgen Santísima por el aire echando tierra en los ojos á los indios y cegándolos para que no prevaleciesen.»

El Padre Florencia, basándose en autoridad tan respetable como la del Ilmo. Sr. D. Alonso Cuevas y Ávalos,

antes Obispo de Oaxaca y después Arzobispo de México, atribuye este milagro á Nuestra Señora de Guadalupe, porque su secretario D. Bartolomé Rosales certificó al Padre Florencia haber oído de boca de su amo la siguiente relación:

«Que siendo mozo, conoció y trató á indio de mucha edad, que afirmaba haber sido uno de los que se hallaron presentes á tiempo de aquel reencuentro en que se lisonjeaban los indios de dar fin á los españoles, cuando por la parte de Tepeaquilla, donde tenía sus reales el valeroso Gonzalo de Sandoval, que es donde está hoy Nuestra Señora de Guadalupe, vió como los demás en el aire á la Santísima Virgen en el traje y forma que se presentó diez años después en la manta de Juan Diego, echándoles tierra en los ojos, para despartirlos, confundirlos y quitarles el triunfo que ya tenían en las manos, pues para cada español había cien indios;» y añadía Su Ilma. «que estando este buen indio á presencia de un ermitaño, limosnero de Nuestra Señora de Guadalupe, con quien vivía aquel testigo, se lo oyó decir en idioma mexicano, señalando al mismo tiempo para el Santuario y cayéndosele de los ojos lágrimas de ternura:» «Yo, indigno, la ví: ella, la Señora, nos echaba tierra sobre los ojos.»

La devoción es fuego que no sólo arde dentro del pecho sino que, levantando llama, sale hacia fuera y con sus chispas prende por todas partes é incendia los corazones de los demás fieles. Esto pasaba á Cortés, y con esta idea, cuando en 1521 despedía á los capitanes y tropas auxiliares de Tlaxcala que le habían acompañado para la rendición de México, regaló al cacique *Cocomitzin*, una imagen de talla de la Santísima Virgen, «la

»cual traído había consigo, pues no necesitándola para fomento de su piedad, quiso más bien pasarla á poder de un gentil para que le fuese inclinando á la fe, y puesta después en público llevase á cabo la conversión de sus compatriotas.

»El buen indio estimó en alto grado aquella Imagen, y cediendo á los ruegos del Padre Fray Juan de Rivas la puso en sus manos y más tarde la colocó en la catedral en el lado derecho del altar mayor de la iglesia de su convento en Puebla, de donde fué trasladada á su propia capilla, incrustada en el pecho de un águila de plata, con las alas extendidas en ademán de querer volar, á semejanza de la mujer del Apocalipsis.»

Mucho se ha discutido sobre si esta Imagen que Cortés regaló al cacique tlaxcalteca, fué ó no la misma por el conquistador colocada en el templo mayor de México, pero al fin se ha puesto en claro que no fué sino la de los *Remedios* la que en el teocalli estuvo, siendo ésta la que por haber sido regalada por el conquistador fué llamada la conquistadora.

Aquí termina verdaderamente el asunto del primer capítulo de la obra de Condé y Oquendo, que en él quiso dar razón de la entrañable devoción de Hernán Cortés á la Santísima Virgen María: síguenle aún dos partes que él denomina párrafos, desmintiendo la falsa especie de que Cortés fué picado por un escorpión, y salvado de la muerte por intercesión de la Virgen de Guadalupe de Extremadura, á la cual regaló en acción de gracias un escorpión de oro cubierto de esmeraldas y piedras preciosas en la época de su primer viaje á España. El último párrafo trata de la fundación del Hospital de la Purísima Concepción, de las rentas que dejó para sosteni-

miento del dicho hospital y da, en fin, noticia de la muerte, entierro y traslación de los huesos del Marqués.

Creemos innecesario para nuestro objeto dar aquí más pormenores de los susodichos dos párrafos finales del primer capítulo.

#### Capítulo IV

### Las Apariciones

**E**l segundo capítulo de la obra del canónigo de la santa Iglesia Catedral de Puebla se refiere á las Apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego, en el cerro del Tepeyacac, diez años después de la conquista de México.

Sigue en este punto, y la copia textualmente, la narración del Bachiller Luis Becerra Tanco, impresa en México en 1666.

Tanco es quien se lleva la palma entre todos los escritores guadalupanos, y con justicia, porque su narración es la más sencilla, limpia y exacta, como que está sacada de un papel histórico de los naturales, escrito por figuras y caracteres antiguos de la nación, en donde se figuraban sucesos de más de trescientos años antes que aportasen los españoles á este reino, y muchos después; el cual escrito certifica Tanco haber visto y leído en po-